

SAN LORENZO DE BRINDIS, presbítero capuchino, doctor de la Iglesia

Por su competencia y claridad ofrecemos el trabajo realizado por el Director del Instituto Histórico de los Capuchinos, Vincenzo CRISCUOLO.

VIDA Y OBRA DE SAN LORENZO DE BRINDIS

Nació en Brindis el 22 de julio de 1559 de Guillermo Ruso y de Isabel Masella. Se conoce muy poco de su infancia, transcurrida en la ciudad natal, donde recibió su primera formación. Huérfano de padre, fue acogido por los conventuales brindisianos, con quienes realizó sus primeros estudios. Fallecida también su madre, se trasladó siendo adolescente a Venecia donde vivió con un tío sacerdote y con quien perfeccionó su formación cultural y espiritual. En Venecia pudo conocer y tratar a los capuchinos, que vivían en un humilde convento junto a la pequeña iglesia de Santa María de los Ángeles, en la isla de la Judería. Se sintió inmediatamente atraído por su vida pobre y austera, y pronto solicitó y obtuvo entrar en la Orden. Vestido el hábito capuchino en Verona el 19 de febrero de 1575, fray Lorenzo hizo con fervor el año de noviciado, verdadera escuela de ascesis y de santidad, y emitió la profesión religiosa el 24 de marzo de 1576. Posteriormente, primero en Padua y después en Venecia, emprendió los estudios de filosofía y de teología, mostrando una excepcional agudeza intelectual y una insaciable sed de ciencia. Concedió particular importancia a la Sagrada Escritura, que aprendía de memoria, perfeccionándose también en las lenguas bíblicas. Pero, sobre todo, persiguió la perfección religiosa según la escuela bonaventuriana, que privilegiaba el fervor de la voluntad y la elevación del espíritu.

Tras la ordenación sacerdotal, recibida de manos del patriarca de Venecia Juan Trevisan, el 18 de diciembre de 1582, la principal actividad de Lorenzo fue el ministerio de la predicación. Ya como diácono, había predicado toda una cuaresma en la iglesia veneciana de San Giovanni Nuovo; ahora recorre toda Italia dedicado al anuncio de la palabra de Dios. Lo acompañaban en este cometido un conjunto de cualidades físicas, intelectuales y espirituales, que hacían de él un verdadero y fecundo orador. Su predicación, inspirada en la escuela franciscana, estaba sólidamente fundada en la Escritura, que él proclamaba con lucidez de pensamiento y riqueza expresiva. Son innumerables los episodios de conversiones que se multiplicaban alrededor suyo, a menudo incluso entre los no cristianos como sucedió en Roma desde 1592 a 1594, cuando predicó a los judíos por encargo de las autoridades pontificias.

Pronto fue llamado Lorenzo a tareas de responsabilidad y de gobierno. De 1583 a 1586 desempeñó el oficio de lector, y en el trienio siguiente, de 1586 a 1589, ejerció el cargo de guardián y maestro de novicios. En 1590 fue elegido provincial de Toscana. De 1594 a 1597 fue provincial de Venecia y en 1598 de la provincia suiza. Dos años antes, en 1596, había sido elegido definidor general.



Fundamental fue la acción de Lorenzo para la difusión de la Orden capuchina en Centroeuropa. Tras la fundación del convento de Innsbruck, en 1593, pasó al nuevo convento de Salzburgo, fundado tres años después. En 1597, y en territorio imperial, se había fundado otro convento en la ciudad de Trento. Tras apremiantes demandas del arzobispo de Praga Zbynek Berka von Duba, se decidió en el capítulo general de 1599 enviar a la capital de Bohemia al capuchino de Brindis al mando de un grupo de hermanos. La llegada a Praga, en noviembre de 1599, se vio inmediatamente rodeada de innumerables dificultades. Una intensa actividad apostólica, centrada en el ministerio de la predicación y en diálogo abierto y familiar,

tuvo como fruto la fundación de un convento y la vuelta a la fe católica de mucha gente, conquistada por las convincentes argumentaciones del capuchino y, sobre todo, por su fama de santidad. En 1600, Lorenzo fundó dos nuevas sedes para los capuchinos en Viena y Graz. También fue importante su participación en la cruzada antiturca. Pese a la ineptitud de los comandantes, el ejército cristiano, espiritualmente sostenido y alentado por el capuchino, logró en octubre de 1601 la importante victoria de Albareale.

En el capítulo general del 24 de mayo de 1602 Lorenzo fue elegido general de los capuchinos. Este nuevo cargo comportaba en primer lugar la visita a todos los conventos. La Orden entonces estaba constituida por treinta provincias con cerca de nueve mil religiosos esparcidos por toda Europa. El general debía visitar todas las provincias y hablar con todos los religiosos, exhortando y alentando a todos. El general, desde Italia, visitó Suiza, pasó por el Franco Condado y Lorena; a mitad de septiembre los Países Bajos y transcurrió el invierno visitando las provincias francesas de París, Lyon, Marsella y Toulouse. El primer semestre de 1603 se hallaba en España, desde donde volvió a Italia, efectuando la visita a Génova, antes de dirigirse a Sicilia y al sur. A pesar de los extenuantes viajes, siguió observando rigurosamente las severas costumbres de la Orden, los prolongados ayunos y abstinencias.

Tras el trienio de generalato fue enviado por Paulo V a Baviera y Bohemia. Además de su obra apostólica desarrolló una hábil actividad diplomática entre el duque de Baviera Maximiliano de Wittelsbach y las autoridades imperiales. Esta permitió la constitución de una liga católica que hiciera frente a la Unión evangélica, estipulada entre luteranos y calvinistas y tendente a dividir los estados católicos para obtener beneficios territoriales. A tal fin Lorenzo efectuó numerosos viajes entre Munich y Praga, y hubo de trasladarse también a España. Aquí logró convencer a Felipe III para que apoyara la liga y la ayudara económicamente. Más tarde, durante cerca de tres años, de 1610 a 1613, residió en Munich como representante de la Santa Sede.

En el capítulo general de 1613, elegido por tercera vez definidor general, fue enviado como visitador a la provincia de Génova, donde fue aclamado provincial. Hasta 1616 no pudo volver a su provincia de Venecia y dedicarse a un período más intenso de retiro y oración. Características particulares de su espiritualidad, típicamente franciscana y cristocéntrica, fueron el culto a la eucaristía y la devoción a la Virgen. La misa, celebrada con fervor, se prolongaba normalmente una, dos o tres horas y, a menudo, tras un permiso especial de Paulo V, incluso hasta ocho, diez y doce horas. Atribuía todos los dones y gracias a la Virgen María y no ahorra nada para difundir su devoción.

No obstante su aspiración a una vida retirada, hubo de interrumpirla con frecuencia, por orden del papa, para misiones diplomáticas en favor de la paz y la concordia. Es lo que hizo en 1614, cuando negoció la rendición de los piemonteses asediados en Oneglia; o en 1616, cuando intervino para buscar un acuerdo entre españoles y piemonteses en Candia Lomellina. En 1618 también logró la paz entre el gobernador de Milán don Pedro de Toledo y el gran duque de Saboya Carlos Manuel I. En el otoño de 1618 participó en el intento de restablecer serenidad y paz en el reino de Nápoles, donde el desenfrenado y prepotente virrey don Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna, cometía todo género de abusos y extorsiones. Representantes de la nobleza y del pueblo acudieron al santo capuchino, que una vez más soportó un largo viaje a la corte de Madrid. Cuando las negociaciones estaban para llegar a buen puerto, Lorenzo enfermó gravemente. Exhausto por las fatigas y

sufrimientos, no obstante la asistencia de los médicos del rey, murió el 22 de julio de 1619, a la edad de 60 años. Su cuerpo fue trasladado a Villafranca del Bierzo, donde fue sepultado en la iglesia del monasterio de las franciscanas descalzas.

A pesar de las penosas tareas de gobierno dentro de la Orden y la intensa actividad diplomática, Lorenzo de Brindis encontró el modo de componer numerosos escritos, que han sido recogidos entre 1928 y 1956 en la edición de su *Opera omnia*. Pueden dividirse en cuatro clases: 1) obras destinadas a la predicación: son la mayoría y comprenden cuaresmales, ocasionales y dominicales, el *Sanctorale* con una nutrida serie de discursos para las fiestas de los santos; el *Mariale*, verdadero tratado de mariología con la presentación de todas las prerrogativas de la Virgen María en la historia de la salvación y una rica serie de exposiciones sobre el *Salve Regina*, sobre el *Magnificat* y sobre el *Avemaría*; 2) obras exegéticas, entre las que cabe enumerar la *Explanatio in Genesim*, valioso comentario a los primeros once capítulos del libro de la Escritura, y el *De numeris amorosis*, opúsculo sobre el significado místico y enigmático del nombre hebreo de Dios; 3) obras de controversia religiosa: destaca sobre todo la *Lutheranismi hypotyposis*, compuesta entre 1607 y 1609, va dirigida inicialmente contra el predicador reformado Policarpo Laisero. Es una confutación completa y orgánica de toda la doctrina luterana; 4) escritos de carácter personal y autobiográfico: se trata del opúsculo *De rebus Austriae et Bohemiae*, escrito por orden de los superiores con la narración de sus actividades en los países alemanes entre 1599 y 1612.

Cuatro años después de la muerte de Lorenzo de Brindis, fue introducido por el general de la Orden Clemente da Noto el proceso de canonización. Sufrió largas paralizaciones por el decreto de Urbano VIII y posteriormente por dificultades de naturaleza político-religiosa. La beatificación tuvo lugar por obra de Pío VI el 23 de mayo de 1783, y hasta cien años después no fue canonizado por León XIII el 8 de diciembre de 1881. Tras el examen de sus obras, calificadas de «verdaderos tesoros de sabiduría», Juan XXIII, el 19 de marzo de 1959, proclamó al santo brindisino doctor de la Iglesia. En la iconografía los motivos más frecuentes son los que se inspiran en la celebración de la misa y en la ciencia del santo, que es representado escribiendo sus obras. Un tercer motivo es el de la batalla de Albareale contra los turcos.

LO QUE DICE SAN LORENZO SOBRE LA PREDICACIÓN

La fe nace del mensaje y el mensaje consiste en hablar de Cristo. Por tanto, la predicación de la palabra de Dios es necesaria para la vida espiritual, como la siembra es necesaria para la vida del cuerpo. Por esto, dice Cristo: Salió el sembrador a sembrar su semilla. Salió el sembrador a pregonar la justicia, y este pregonero, según leemos, fue algunas veces el mismo Dios, como cuando en el desierto dio a todo el pueblo, de viva voz bajada del cielo, la ley de justicia... Finalmente, vino Cristo, Dios y hombre, a predicar la palabra del Señor, y para ello envió también a los apóstoles, como antes había enviado a los profetas. Por consiguiente, la predicación es una función apostólica, angélica, cristiana, divina. Así comprendemos la múltiple riqueza que encierra la palabra de Dios, ya que es como el tesoro en que se hallan todos los bienes. De ella proceden la fe, la esperanza, la caridad, todas las virtudes, todos los dones del Espíritu Santo, todas las bienaventuranzas evangélicas, todas las buenas obras, todos los actos meritorios, toda la gloria del paraíso: Aceptad dócilmente la palabra que ha sido plantada y es capaz de salvaros.

La palabra de Dios es luz para el entendimiento, fuego para la voluntad, para que el hombre pueda conocer y amar a Dios; y para el hombre interior, el que vive por la gracia del Espíritu Santo, es pan y agua, pero un pan más dulce que la miel y el panal, un agua mejor que el vino y la leche; es para el alma un tesoro espiritual de méritos, y por esto es comparada al oro y a la piedra preciosa; es como un martillo que doblega la dureza del corazón obstinado en el vicio, y como una espada que da muerte a todo pecado, en nuestra lucha contra la carne, el mundo y el demonio.